

María Virgen y Madre en el “*De sancta virginitate*” de san Agustín

RESUMEN

La virginidad por el Reino de Dios se encuentra fundamentada en varios textos del Nuevo Testamento. Las vírgenes consagradas se encuentran ya presentes en el primer siglo de la Iglesia, pero será en los siglos tercero y cuarto cuando la presencia de la virginidad adquiere gran importancia dentro de la Iglesia. A las vírgenes se les otorga gran honor y veneración. Este valor e importancia otorgado a la virginidad plantea no pocos problemas dentro de la Iglesia. Algunos autores exaltan de tal forma la virginidad que llegan a despreciar o minusvalorar el matrimonio. Otros, por el contrario exaltarán de tal forma el valor del matrimonio que llegan a despreciar el valor de la virginidad. En medio de esta polémica San Agustín escribe “*De sancta virginitate*”. Es una de las obras más importantes y más equilibrada que se escribieron sobre la virginidad en aquella época. En esta obra la Virgen María ocupa un puesto de máxima importancia. San Agustín estudia en profundidad la virginidad y la maternidad de María en el misterio de la Encarnación. Presenta igualmente a María como madre y modelo de la Iglesia. María es igualmente modelo de las vírgenes consagradas. En esta obra San Agustín expone los principios fundamentales de su pensamiento sobre la Virgen María.

PALABRAS CLAVE: Virginidad, María, Iglesia, vírgenes consagradas.

ABSTRACT

The virginity for the kingdom of God is found well based on several texts of the New Testament. Praised consecrated Virgins are already found in the first century of the church; but it will be the third and the fourth centuries when the presence of the virginity acquired great importance within the church. They virgins are granted great honor and veneration. This valor and the importance granted to the virginity pose not just a few problems within the church. Some authors praise in such a way the virginity that they manage to despise or minusvalue the marriage. Others on the contrary, they exalt in such a way the value of marriage that they get to despise the value of the

virginity. In the middle of this controversy, Saint Augustin writes “*De santa virginitate*”. It is one of the most important and well-balanced works that were written about the virginity at that time. In this work the Virgin Mary holds a position of most importance. St. Augustin studies in depth the virginity and the maternity of Mary. In the mystery of the Incarnation, he presents Mary likewise as a mother and a model of the church. Mary is equally the model of the consecrated virgins. In this work, St. Augustin explains the fundamental principles of his thought on the Virgin Mary.

KEY WORDS: Virginity, Mary, Church, Consecrated Virgins

1. LA VIRGINIDAD EN LA ÉPOCA DE SAN AGUSTÍN¹

La virginidad por el Reino de Dios, fundamentada en algunos textos del Evangelio (Mt 19, 11-12) y de san Pablo (1 Cor 7, 25-40) comenzó a desarrollarse dentro de la Iglesia a partir del siglo primero. Varios autores del siglo II hablan ya de ella, pero será a partir del siglo III cuando se hará presente en toda la Iglesia: Egipto, Roma, Milán, Cartago. Los Padres de la Iglesia hablan ampliamente de ella.

Las condiciones de vida de las vírgenes eran muy diferentes de una ciudad a otra, de una región a otra. En un primer tiempo las vírgenes habitaban en la casa familiar con sus padres y hermanos. Vivían como un miembro más de la familia. Es a partir del siglo IV y bajo la influencia del movimiento cenobítico cuando comienzan a abandonar la familia para vivir en pequeñas comunidades. Sabemos por san Ambrosio que había comunidades de vírgenes en Bolonia² y en Verona³.

El voto de virginidad fue en primer lugar un voto privado, pero no tardó en ser reconocido por los obispos. Fue en ese momento cuando las vírgenes consagraron al Señor su virginidad en una ceremonia litúrgica y ante todo el pueblo. Esta ceremonia iba acompañada de la imposición del velo.

¹ GARCÍA ÁLVAREZ, J., «La virginité chez Ambroise et Augustin», en CPE 103 (2006) 17-32; GROSSI, V., «La virgen cristiana en los escritos de Ambrosio y Agustín», en *Augustinus* 65 (2020) 161-203

² *De virgin,* I,60-61,PL 16,205b-205c.

³ *Ep* 5,19,PL 16,897b.

Las vírgenes llevaban una vida retirada, consagrada a la oración, a la lectura de la Palabra de Dios, a la penitencia y a obras de caridad con los pobres⁴.

Los obispos, los fieles como la propia familia tenían en gran consideración a las vírgenes. Las consideraban como sus ángeles guardianes o como la presencia de Dios en medio de ellos. En las basílicas como en los diferentes lugares de culto había un lugar reservado para ellas, al lado del altar. Eran admiradas y veneradas por todos los fieles.

Este honor y veneración que se otorgaba a las vírgenes planteará no pocos problemas en la Iglesia a partir de la segunda mitad del siglo III y durante todo el siglo IV. Algunos autores exaltan de tal forma la virginidad que llegan a minusvalorar e incluso a despreciar el matrimonio. Por otra parte, la veneración que los obispos como el pueblo cristiano les otorgaban provocará, al menos en algunas de las vírgenes, un sentimiento de superioridad e incluso de orgullo que las llevará incluso a desobedecer a los obispos.

En Milán, en la época de San Ambrosio, algunos cristianos estaban fuertemente influenciados por los escritos y las enseñanzas de Joviniano. Joviniano afirmaba que las vírgenes como las viudas y las mujeres casadas eran todas iguales ante el Señor. Lo único que contaba para el Señor era el bautismo. Todo el resto era absolutamente secundario y sin importancia para la vida cristiana⁵.

No pocos fieles habían adoptado esta doctrina de Joviniano. Es la razón por la cual el papa Siricio condenó dicha doctrina en el Sínodo del 389-390, celebrado en Roma, y obligó a Joviniano a abandonar Roma en donde tenía un gran número de seguidores⁶. Joviniano se refugió en Milán. San Ambrosio lo condenará igualmente en el Sínodo del 389-390⁷. San Jerónimo va a escribir contra él su libro *Adversus Jovinianum*⁸. Ahora bien, en este libro San Jerónimo exalta de tal for-

4 *De virgin*, III,16,PL 16,224c: «*Lectione,opere,prece*»,

5 Hieronymus, *Adv. Jovinianum* I,1,3,PL 23,224.

6 ALDAMA, J. A., «La condenación de Joviniano en el sínodo de Roma», en *Ephemerides Mariologicae* 13 (1963) 107-119

7 Ep. 42,PL 16,1172-1177.

8 PL 23,221-352.

ma la virginidad que, en cierto modo, desprecia o al menos minusvalora el matrimonio. Este libro de San Jerónimo provocará una gran reacción en la Iglesia de África en donde el maniqueísmo estaba fuertemente implantado. El maniqueísmo prohibía a sus adeptos el matrimonio ya que lo consideraba como malo en sí mismo. San Jerónimo, frente a esta reacción tratará de explicar y precisar su pensamiento sobre la virginidad en algunas de sus Cartas⁹.

Muy diferente será por el contrario el problema que planteará la virginidad en la Iglesia de África y, sobre todo, en Cartago y en Hipona. San Agustín es consciente de los peligros que ciertas vírgenes consagradas podían provocar y de hecho provocaban ya en la Iglesia. Busca, sobre todo, dar un sentido eclesial a la virginidad consagrada. Dos son los problemas que determinan a Agustín a profundizar este tema.

El primero de ellos es la relación de la virginidad con el matrimonio. Este problema venía planteado, en primer lugar por las obras de Joviniano¹⁰ y de san Jerónimo. La polémica entre Joviniano y San Jerónimo llegó a África y allí va a encontrar un contexto particular.

De una parte se encontraban los paganos. Estos despreciaban la virginidad e incluso la consideraban como peligrosa para la humanidad. De otro lado estaban los maniqueos con una fuerte presencia en Hipona. Estos consideraban el matrimonio como esencialmente malo.

No sabemos cómo ni en qué momento Agustín estuvo al corriente de estos problemas. Hacia el 403-404¹¹ escribe su libro “*De bono conjugale*” sobre el valor cristiano del matrimonio. Como complemento de este libro escribirá el “*De sancta virginitate*” en donde muestra el valor de la virginidad consagrada. En efecto el “*De bono conjugale*” puede ser considerado como el primer volumen de una apología de la virginidad. Los títulos mismos de estas dos obras son muy significati-

⁹ *Ep.* 48,PL 22,493-511; *Ep.* 49,PL 22,511 ss; *Ep.* 50,PL 22,212-516.

¹⁰ San Agustín conoce bien la doctrina de Joviniano. Hace un resumen de ella en *De haeresibus* 82, PL 42, 45-46

¹¹ HOMBERT, P. M., *Nouvelles recherches de chronologie augustinienne*, Paris 2000, 109-1369

vos sobre el pensamiento de San Agustín: «De *bono conjugale*» y «De *sancta virginitate*». El matrimonio es bueno, pero inferior en santidad a la virginidad consagrada. Ahora bien, estos dos libros van juntos y no se les puede separar: «Después que yo había escrito sobre el bien conyugal, se esperaba que escribiese sobre la santa virginidad.»¹²

Pero hay aún otro problema que va a determinar el pensamiento de San Agustín sobre la virginidad. En África, como por otra parte en Roma y en Milán, las vírgenes consagradas eran numerosas. En la vida cotidiana eran tenidas en gran honor por los fieles; eran saludadas con gran respeto y confianza por las jóvenes y las matronas. Muchos cristianos las consideraban como una presencia real de la santidad de Dios. En las basílicas había un lugar reservado para ellas, cercado al altar, y recibían, antes que los demás fieles, el beso de la paz.¹³ Estos honores provocaban en algunas de ellas orgullo. San Agustín es sumamente sensible a este orgullo provocado por los honores recibidos. A ello hace alusión con frecuencia en sus sermones:

«Conviene, sin duda, que se asigne el primer puesto al siervo de Dios que tiene algún cargo en la Iglesia, porque, si no se le asigna, el mal será para quien se niega a ello; ningún bien, en cambio, se deriva para aquel al que se asigna. Es conveniente, por tanto, que los que están al frente de la asamblea de los cristianos se sienten en un lugar más elevado, para que la misma sede les distinga de los demás y aparezca con claridad su ministerio; no para que a causa de ella se inflen, sino para que piensen en la carga de la que han de rendir cuentas. ¿Quién conoce si aman o no aman esto? Es cosa del corazón y no puede tener más juez que Dios» (S 91,5).

Agustín hace incluso un análisis muy profundo y detallado de la tentación de buscar los honores y del orgullo que estos honores pueden provocar en el corazón.¹⁴

Ahora bien, este honor que provoca el orgullo encuentra su raíz en las vírgenes consagradas en el hecho de creer que la virginidad es

12 *Ret. II,23, PL 32,640.*

13 MEER, F. VAN DER, *Saint Augustin pasteur d'âmes*, Paris 1955, I, 337-348

14 *Conf. X,36,59 - 39,64,PL 33, 803-806.*

más efecto de su propia decisión o de su voluntad que un don que Dios otorga gratuitamente¹⁵. Esta es la razón por la cual una gran parte de su libro “*De sancta virginitate*” estará consagrado a la humildad como base y fundamento de la virginidad. Por otra parte, en el “*De sancta virginitate*” se encuentra presente su doctrina de la gracia frente a los pelagianos. Agustín trata de poner en guardia a las vírgenes contra la tentación de creer que la virginidad es efecto de su esfuerzo personal. Esta es la razón por la cual varios autores juzgan que esta obra fue escrita o reescrita hacia el 412 ya que en ella está presente su doctrina contra los pelagianos¹⁶.

2. “*DE SANCTA VIRGINITATE*”: ESTRUCTURA DE LA OBRA¹⁷

La estructura literaria del *De sancta virginitate* es la misma que la de la mayor parte de las obras de san Agustín y corresponde a la estructura retórica de los discursos de la época. Esta estructura muestra con claridad el pensamiento de san Agustín sobre la virginidad.

El tratado “*De sancta virginitate*” consta, en primer lugar, de una breve Introducción (1,1). Esta introducción enuncia el programa de la exposición: «La virginidad no debe solamente ser predicada para que se la ame, es necesario igualmente exhortar a las vírgenes a no enorgullecerse porque son vírgenes». Agustín informa que acaba de escribir un libro “*El Bien del Matrimonio*”. Que en dicho libro ha estudiado el matrimonio a la luz del Antiguo y del Nuevo Testamento. Sin embargo a la luz del Nuevo Testamento, la virginidad se presenta como superior al matrimonio. Pero quienes practican la virginidad han de guardarse de todo orgullo y de toda vanidad: «En él advertimos a las vírgenes, y ahora volvemos a recordárselo, que no despre-

¹⁵ HOMBERT, P. M., *Gloria gratiae. Se glorifier en Dieu, principe et fin de la théologie augustinienne de la grâce*, Paris 1996, 141-146.

¹⁶ HOMBERT, P. M., *Nouvelles recherches de chronologie augustinienne*, Paris 2000, 109-136

¹⁷ GARCÍA ÁLVAREZ, J., «Las dimensiones de la virginidad según San Agustín», en *Burgense* 37/1 (1996) 211-214

cien a los padres y a las madres del pueblo de Dios cuando miran la excelencia del más alto don que ellas han recibido del cielo.»¹⁸

En la primera parte (2,2-30,30) expone los principios sobre los que se fundamenta la virginidad consagrada. Evoca el sentido cristológico de la virginidad, su puesto en la Iglesia y su sentido escatológico en cuanto la virginidad es ya una anticipación de la vida celestial en este mundo. Expone con amplitud la santidad de la virginidad. En esta parte habla ampliamente de la Virgen María. Expone la virginidad de María como verdadero modelo de lo que es y ha de ser la virginidad consagrada. Evoca la virginidad de Cristo, hijo de la Virgen María, esposo de las vírgenes y su unión con la Iglesia. Pero lo que otorga a la virginidad su dignidad no es el renunciar al matrimonio, sino su consagración a Dios. Es el amor sobrenatural a Cristo lo que otorga a la virginidad todo su sentido y valor.

En esta primera parte Agustín ofrece tres descripciones de la virginidad consagrada que nos permiten comprender por qué la virginidad en cuanto “estado de vida” es para él superior al matrimonio. En cada una de estas descripciones de la virginidad encontramos dos elementos: la virginidad es una anticipación de la vida celeste y esta anticipación se manifiesta en un cuerpo mortal, corruptible, terrestre. La primera de estas descripciones se encuentra en el capítulo 4,4: «Mas, como iba a constituirse en ejemplo para las santas vírgenes, a fin de evitar que alguien juzgase que solo debía ser virgen la mujer que mereciese concebir un hijo incluso sin trato carnal, consagró a Dios su virginidad aún antes de saber a quién iba a concebir. De esta manera hizo realidad en su cuerpo mortal y terreno una reproducción de la vida celeste por decisión personal, no por imposición de otro; porque el amor la llevó a esa opción, no porque su condición de esclava la obligase a ello. Así, al nacer de una virgen que ya había determinado permanecer tal antes de saber quién iba a nacer de ella, Cristo prefirió aprobar, antes que imponer, la santa virginidad. Y de ese modo quiso que la virginidad fuese libre hasta en la mujer de la que tomó la condición de siervo.»¹⁹

18 Virg. 1, 1, PL 40, 397.

19 Virg. 4, 4, PL 40, 398.

La segunda descripción es semejante a la anterior. Agustín afirma que el matrimonio posee bienes particulares, pero que todos estos bienes están en función de la vida pasajera de los seres humanos sobre la tierra. A estos bienes propios del matrimonio opone los de la virginidad: «La integridad virginal y el abstenerse de todo trato carnal, fruto de la continencia que nace de la piedad, es participación en la vida angélica y anticipo en la carne corruptible de la incorrupción perpetua.»²⁰

La tercera descripción se fundamenta en Mth19,10-12: las vírgenes a través de su virginidad consagrada «llevan una vida celeste, una vida angélica en un estado de mortalidad terrestre.»²¹

En la segunda parte (31,31-52,53) Agustín retoma los principios expuestos en la primera parte para profundizarlos y desarrollarlos. Hace el análisis de la virginidad a la luz del misterio de la Encarnación. El misterio de la Encarnación es un misterio de humildad. La virginidad es seguir a Cristo y seguirle sobre todo a la luz de la humildad. La virgen consagrada no debe enorgullecerse a causa de la superioridad de su estado frente al de las personas casadas. La humildad se encuentra en la base y como fundamento de la virginidad: «¡Oh alma piadosamente casta, que has reprimido tu apetito carnal hasta renunciar a la posibilidad del matrimonio, que has negado a tu cuerpo mortal el continuarse en la propagación de tu descendencia, que has sujetado los movimientos de tus miembros según la ley del cielo! No te envío para que aprendas la humildad a los publicanos y pecadores, que, sin embargo, precederán en el camino hacia el reino de los cielos a los orgullosos [...] Te envío al Rey del cielo, a quien creó a los hombres y, en bien de los hombres, fue creado entre ellos; [...]. Te envío a quien, dominando sobre los ángeles inmortales, no desdeñó servir a los hombres mortales. [...] Ven, acércate a él y *aprende* de su boca que es *manco y humilde de corazón.*»²²

La tercera parte (53,54-55,56) es una mirada hacia atrás, una síntesis y una profundización de los dicho en las dos partes anteriores. Es

20 Virg. 13, 12, PL 40, 401.

21 Virg 24, 24, PL 40, 409.

22 Virg. 37, 38, PL 40, 418.

en esta parte en donde San Agustín nos ofrece la verdadera naturaleza de la virginidad. La virginidad es mucho más que el hecho negativo de no casarse; revela o manifiesta la vida del cielo a los hombres, es decir revela los comportamientos de los ángeles a los hombres: «Manifestáis a los hombres la vida angélica y las costumbres del cielo. Mas en la medida en que sois grandes los que lo sois en el modo indicado, en esa misma medida humillaos en todo para hallar gracia ante Dios, no sea que oponga resistencia a los orgullosos, humille a quienes se exaltan a sí mismos e impida pasar por sus sendas estrechas a los hinchados. En realidad, es superflua la preocupación de que falte la humildad donde hierve la caridad.»²³ La virginidad del cuerpo ha de ir acompañada de la virginidad del corazón, más aún de la virginidad de la fe.

El libro finaliza con una conclusión o epílogo (56,57). En esta conclusión san Agustín precisa aún más algunos puntos de su pensamiento. En primer lugar, la virginidad tiene realmente valor porque está consagrada al Señor, es decir por ser aceptada y vivida debido a su santidad. La santidad es conformar nuestro corazón con el corazón de Cristo. Ahora bien, la motivación más profunda de Cristo es precisamente la humildad. De aquí que la virginidad ha de estar siempre unida a la humildad. Virginidad y humildad son inseparables. La virginidad, por otra parte, tiene una misión propia y específica que realizar en este mundo: ser testimonio de la Iglesia del cielo. Y una de las características de la vida del cielo es precisamente la alabanza de Dios. Las vírgenes han de realizar en esta vida este texto del libro de Daniel: «*Bendecid, santos y humildes de corazón, al Señor, alabadle y ensalzadle por los siglos*» (Dn 3,87). Las vírgenes, por medio de su consagración, han de llegar a ser «santas y humildes de corazón» a imagen de Cristo y, al igual que los tres jóvenes en el horno ardiendo alaban sin cesar a Dios, ellas, igualmente, en medio de la hoguera de las pasiones de este mundo han de alabar continuamente a Dios. «Por tanto, alabad también vosotras a aquel que os ha concedido que entre los ardorosos de este mundo, aunque no os hayáis desposado, no os abraséis.»²⁴

23 Virg. 53, 54, PL 40, 427.

24 Virg. 56, 57, PL 40, 428.

La Teología de la virginidad en el *De sancta virginitate*

La doctrina de san Agustín sobre la virginidad es esencialmente cristológica²⁵. San Agustín profundiza el sentido de la virginidad a la luz de Cristo. La vida cristiana es un permanente seguir a Cristo: Cristo es esencialmente el modelo de la vida. «En todas las cosas que hizo el Señor nos enseña cómo hemos de vivir acá»²⁶. Según el Evangelio de san Juan: «Todo por él fue hecho, y ni una sola cosa de cuantas existen ha llegado a la existencia sin él» (Jn 1,3). El Verbo de Dios es pues la Forma con la que se tiene que conformar la vida. Y para ayudarnos a seguirle, él mismo se acerca a nosotros, se pone a nuestro lado. «El Hijo de Dios, que es la Verdad misma, ha puesto la Verdad a nuestra misma altura haciéndose hombre»²⁷. Seguir a Cristo, conformar nuestra vida con la suya, es revivir la motivación más profunda del misterio de la Encarnación, es decir, la caridad y la humildad. La virginidad es, precisamente, la expresión más perfecta, después del martirio, de la unión con Cristo.

La virginidad es ciertamente virginidad *cristiana* por el hecho de estar consagrada a Dios. «No tiene su honor la virginidad por ser integridad, sino por estar consagrada a Dios.»²⁸ La consagración es la unión total y absoluta con Dios. La persona consagrada participa por lo mismo de la santidad de Dios. Por esto la virginidad consagrada es, para Agustín, una cierta santidad. La llama con suma frecuencia “santidad”: «Y con esto, hemos hablado ya lo suficiente, y según la medida de nuestras fuerzas, de la *santidad*, por la que os llamáis santas monjas (*santimoniales*), y de la humildad, por la que conservaréis todo lo que hay de grande en vosotras.»²⁹ Lo mismo que la naturaleza humana se santifica, en el misterio de la Encarnación, por su unión con el Verbo de Dios, la virginidad del cuerpo se santifica igualmente por su unión con Cristo. La virginidad adquiere, por consiguiente, su

²⁵ GARCÍA ÁLVAREZ, J., «Las dimensiones de la virginidad según San Agustín», en *Burgense* 37/1 (1996) 214-217.

²⁶ S. 75, 2, PL 38, 475.

²⁷ Ciu, XI, 2; PL 41, 318.

²⁸ Virg. 8,8, PL 40, 400.

²⁹ Virg. 56,57, PL 40,428.

valor por el hecho de ser imitación de Cristo. «El gozo de las vírgenes de Cristo será de Cristo, en Cristo, con Cristo, tras Cristo, mediante Cristo y por Cristo... Con razón le seguís donde quiera que vaya con la virginidad del corazón y de la carne. ¿Qué quiere decir seguirle sino imitarle? Porque Cristo sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo, como dice el apóstol san Pedro, *para que sigamos sus huellas* (1P 2,21). En aquello le seguimos en lo que le imitamos; no en cuanto es Hijo único de Dios, por quien han sido hechas todas las cosas, sino en cuanto hijo del hombre, ofreciéndosenos como ejemplo en todo lo necesario.»³⁰

Conformar pues la vida a la vida de Cristo es vivir en el corazón las motivaciones más profundas de Jesús. Y la motivación más profunda de Jesús es precisamente la humildad. «Por eso Cristo, el Doctor de la humildad, *se anonadó primero a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres y reducirlo a la condición de hombre. Se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz*» (Phil 2,7-8). Y en lo tocante a su doctrina ¿quien podrá fácilmente explicar con cuanta atención inculca la humildad y con cuanta vehemencia e instancia nos la intima? ¿Quién podrá acumular todos los testimonios que vienen a demostrarnos eso? Cuide de hacerlo o hágalo quien desee escribir expresamente sobre la humildad; el fin de esta obra, empero, es otro, bien que de tal magnitud, que el primer escollo que hay que evitar es la soberbia.»³¹

La virginidad es pues vivir el misterio de la Encarnación de Cristo en toda su profundidad y plenitud. El misterio de la Encarnación es, para San Agustín, el misterio de la humildad de Dios. El fundamento de la humildad se encuentra en el amor, en la caridad. Porque Dios nos ama, se hace hombre, se hace humilde. La virginidad es, al igual que la humildad, efecto del amor.³² Porque se ama a Dios se le consagra la virginidad. «Nadie podrá custodiar este bien de la virginidad si no es el mismo Dios, que lo ha otorgado; y Dios es *caridad* (1 Jn 4,8). Luego el guardián de la virginidad es la caridad y la mo-

30 Virg. 27, 27, PL 40, 411.

31 Virg. 31, 31, PL 40, 413.

32 Ep.Io, tr. Prol. PL 35, 1977.

rada de la caridad es la humildad. Ahí habita quien dijo que sobre el humilde, pacífico y temeroso de sus palabras descansaba su Espíritu... Por tanto, ioh vírgenes de Dios!, haced esto, hacedlo y seguid al Cordero dondequiera que vaya. Pero antes venid y aprended de El que es manso y humilde de corazón, y después le seguiréis. Si amáis, venid humildemente al humilde y no os apartéis de El, no sea que caigáis. Quien teme apartarse de El, ora y dice: *Que no me alcance el pie de la soberbia* (Ps 35,12) Seguid adelante por el camino de la cumbre con el pie de la humildad.»³³

Allí donde el amor está ausente, donde la caridad falta la virginidad se hace imposible. Y es la caridad precisamente quien lleva a Dios a hacerse hombre, a anonadarse por nosotros, y es el amor, por lo mismo, quien ha de llevar a la virginidad a la identificación con Cristo. La virginidad ha de ser pues la expresión suprema del amor. Si la caridad está ausente la virginidad pierde todo su sentido. «Ciertamente es en Cristo en quien debemos ver excelente Maestro y ejemplar de la integridad virginal. Y ¿qué otra cosa puedo yo mandar acerca de la humildad a los continentes sino aquello que él mismo nos intima a todos diciendo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón?* (Mt 11,25).»³⁴

San Agustín no cesa de insistir en el hecho de que para guardar la virginidad es preciso fijar los ojos del corazón en Jesús, porque es en la integridad de este amor en donde se santifica la virginidad. Se es lo que se ama³⁵. Amar a Jesús es identificarnos con él. «Amad con todo el corazón al más hermoso de los hijos de los hombres. Tenéis libre el corazón y desligado de los vínculos conyugales. Mirad la belleza de vuestro amante, contempladle igual al Padre y sumiso a la voluntad de la madre; imperando en los cielos y viniendo a servir en la tierra; creando todas las cosas y siendo creado entre todas. Lo que los soberbios vieron de ilusorio, mirad cuán bello es, con la interna luz de vuestra alma, mirad las heridas del crucificado, las cicatrices del resucitado, la sangre del que muere, el precio de su fe y el importe de nuestro rescate. Pensad cual sera el valor de todas estas cosas; ponderadlo

33 Virg. 51, 52-52, 53 PL 40, 426-427.

34 Virg. 35, 35, PL. 40, 416.

35 Ep Io, tr 2, 14, PL. 35, 1997.

en la balanza de la caridad. Y todo el amor que tendréis para regalar a vuestros esposos prodigádselo a él [...] Que se grave profundamente en vuestro corazón quien por vosotras se ha clavado en una cruz. Que El posea enteramente en vuestra alma el lugar que no habéis querido ceder a otro esposo. No es lícito amar tibiamente a aquel por quien habéis renunciado a amar hasta lo que es lícito. Amando de esta suerte al que es manso y humilde de corazón, no temo ya en vosotras ninguna clase de soberbia.»³⁶

La virginidad es seguir a Cristo, conformar nuestra vida con la suya: «Con razón le seguís, con la virginidad del corazón y de la carne, adondequiera que vaya. En efecto, ¿qué es seguirle sino imitarle? [...] Se le sigue en la medida en que se le imita. No en el hecho de ser el Hijo único de Dios que hizo todas las cosas, sino en lo que, como Hijo del hombre, ofreció en sí para que lo imitases porque convenía.»³⁷ «Vosotros, por tanto, seguidle cumpliendo con perseverancia lo que prometisteis con ardor. Hacedlo mientras aún os es posible, no sea que perezca en vosotros el bien de la virginidad, sin poder hacer después nada para recuperarlo.»³⁸

La Virgen María en el “*De sancta virginitate*”

San Agustín habla ampliamente sobre la Virgen María en su libro *De sancta virginitate*, como habla igualmente de ella y con amplitud en sus sermones, en los libros de la controversia pelagiana y en otras muchas de sus obras: *Enarrationes in psalmos*, *De Trinitate*, *De consensu evangelistarum*, *De bono coniugali*.³⁹ En el “*De sancta virginitate*” se encuentra ya, en germen, todo cuanto expondrá con amplitud sobre María en obras posteriores.

Ahora bien, cuando San Agustín expone la fe cristiana, no busca singularizarse u ofrecernos su pensamiento personal. Busca ser fiel a

36 Virg. 54, 55-55, 56, PL. 40, 428.

37 Virg. 27,27,PL 40,411.

38 Virg. 29,29,PL 40,412.

39 ÁLVAREZ CAMPOS, S., *Corpus Marianum Patristicum*, III, Burgos 1944, 266-437; OBREGÓN BARREDA, L., *Maria en los Padres de la Iglesia. Antología de textos patrísticos*, Madrid 1988.

la Escritura y a la tradición de la Iglesia. Quiere transmitir la verdad de la Iglesia. Querer exponer un pensamiento personal sobre los temas de fe será para él otorgar más importancia a lo que él piensa que a la verdad misma. El amor de la verdad es la primera característica de su pensamiento. Esta es la razón por la que retorna sin cesar a la Escritura. En su enseñanza no quiere más que ser fiel a Cristo. Cristo es la Verdad.

Si afirma la virginidad de María es porque la encuentra expresada de forma clara y precisa en el Evangelio y en la tradición de la Iglesia, tradición expresada en el Símbolo de Fe. Agustín ve en el “Credo” la expresión de la fe de la Iglesia. Lo que se encuentra en el “Credo” está ya en la Escritura: «Todos los contenidos que vais a oír en el Símbolo están ya presentes en las Sagradas Escrituras.»⁴⁰

En las diferentes formulaciones del “Credo” encuentra esta expresión: «*Credo in Jesum-Christum Filium eius unicum, Dominum nostrum, qui natus est de Spiritu Sancto et de Virgine Maria*» (Credo de Milan); «*Credimus et in Filium eius (unicum) Dominum Nostrum Jesum Christum, natum de Spiritu Sancto ex Virgine Maria*» (Credo de Hipona), «*Credimus... in Jesum Christum Filium eius unicum Dominum nostrum, natus est de Spiritu Sancto et Virgine Maria*» (Credo romano)⁴¹.

La primera virtud de María es para San Agustín la virginidad. María se consagra total e íntegramente a Dios. Dios es el único para ella. Y esta consagración es precisamente el fundamento de su virginidad. «María consagró su virginidad a Dios aún antes de saber que había de concebir, para servir de ejemplo a las futuras santas vírgenes y para que no estimaran que sólo debía permanecer virgen la que hubiera merecido concebir sin el carnal concubito. Imitó así la vida

40 S.212,2,PL 38,1060.

41 FITZGERALD, A. D., *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Monte Carmelo, Burgos, 2001, 353-354; VINEL, F., *Règles de foi, confessions de foi, symboles de la foi*, en «*Connaissance des Pères de l'Eglise*» 34 (1989) 22-26; POQUE, S., *Augustin d'Hippone. Sermons pour la Pâque*, SC 116, Paris 1966, 62-64.

celeste en el cuerpo mortal por medio del voto y sin estar obligada; lo hizo por elección de amor y no por obligación de servidumbre.»⁴²

En este texto San Agustín nos ofrece los elementos esenciales de la virginidad consagrada: María consagró libremente su virginidad a Dios; la consagró por una elección de amor; y a través de su virginidad realiza la vida del cielo en su cuerpo terrestre y mortal, llegando a ser modelo para las vírgenes consagradas. María vive, aquí, en la tierra, la experiencia de la Iglesia del cielo.

María se ofrece a Dios para ser su signo, su palabra para los hombres. Ella está poseída por el absoluto de Dios y se deja poseer por El. María se consagra totalmente a Dios. Dios es el fundamento de su voto de virginidad. «Ya antes de su concepción, (Jesús) prefirió nacer de esa virginidad que ella había consagrado a Dios. Es lo que indican las palabras con que María replicó al ángel que le anunciaba que estaba encinta: *¿Cómo -dice- acontecerá eso, si no conozco varón?* Palabras que ciertamente no hubiera pronunciado si no hubiese consagrado con anterioridad su virginidad a Dios [...] Mas, como iba a constituirse en ejemplo para las santas vírgenes, a fin de evitar que alguien juzgase que solo debía ser virgen la mujer que mereciese concebir un hijo incluso sin trato carnal, consagró a Dios su virginidad aun antes de saber a quién iba a concebir. De esta manera hizo realidad en su cuerpo mortal y terreno una reproducción de la vida celeste por decisión personal, no por imposición de otro; porque el amor la llevó a esa opción, no porque su condición de esclava la obligase a ello. »⁴³

La virginidad de María es para san Agustín, en primer lugar, una verdad de fe, y, a la vez, un misterio⁴⁴. La virginidad de María supera la razón. San Agustín es plenamente consciente de ello, como es consciente igualmente de los problemas que la virginidad de María plantea a la razón: «Si, pues, deseas conocer su nacimiento según la carne, que se dignó aceptar por nuestra salvación, escucha y cree «que

42 Virg. 4, 4, PL. 40, 598

43 Virg 4, 4, PL 40, 598

44 GARCÍA ÁLVAREZ, J., «María, madre y modelo de la Iglesia», en *San Agustín. Aproximaciones a su pensamiento teológico y espiritual*, vol. II, Ed. Augustiniana, Guadarrama 2017, 150-155.

nació del Espíritu Santo y de la virgen María». Aunque, incluso este nacimiento, ¿quién lo narrará? ¿Quién puede valorar en su justo punto que Dios haya querido nacer como hombre por los hombres, que una virgen lo haya concebido sin semen de varón, que lo haya alumbrado sin perder la integridad y que después del parto haya permanecido íntegra? Nuestro Señor Jesucristo entró, por condescendencia, en el seno de la virgen: siendo inmaculado, llenó los miembros de una mujer; hizo grávida a su madre sin privarla de su virginidad; habiéndose formado a sí mismo, salió del seno de la madre, conservándolo íntegro. De esta forma colmó de honor materno y de la santidad virginal a la mujer de la que se dignó nacer. ¿Quién puede comprender esto? ¿Quién puede explicarlo? En consecuencia, ¿este mismo nacimiento quién lo narrará? ¿Quién tendrá mente capaz de comprender o lengua capaz de explicar no sólo que en el principio existía la Palabra carente de todo comienzo por nacimiento, sino también que la Palabra se hizo carne, eligiendo una virgen para convertirla en madre y convirtiéndola en madre pero conservándola virgen? En cuanto Hijo de Dios, no tuvo madre que lo concibiera y, en cuanto hijo del hombre, no tuvo varón que lo engendrara; con su venida trajo la fecundidad a la mujer, sin privarla, al nacer él, de su integridad. ¿Qué es esto? ¿Quién puede decirlo? ¿Quién puede callarlo? ¡Cosa admirable: no se nos permite callar lo que somos incapaces de hablar! ¡Predicamos con palabras lo que ni con la mente comprendemos! Somos incapaces de hablar de tan gran don de Dios por ser pequeños para expresar su grandeza, y, no obstante, nos sentimos obligados a alabarla, no sea que nuestro silencio revele ingratitud. Pero, ¡gracias a Dios!, lo que no puede expresarse dignamente, puede creerse fielmente»⁴⁵.

La virginidad de María revela o manifiesta, en primer lugar, la omnipotencia de Dios. Dios es el autor de la virginidad de María: la virginidad es un don, una gracia de Dios. No depende exclusivamente de la voluntad humana, sino de la voluntad de Dios. Agustín insiste sobre la virginidad como don de Dios.

«Por lo cual, el primer pensamiento de quien vive en virginidad ha de ser revestirse de humildad. No piense que es lo que es por mé-

45 S. 215, 3, PL 38, 1073.

ritos propios, (olvidando) que ese don extraordinario desciende más bien del Padre de las luces, *en quien no se da cambio ni ensombrecimiento pasajero.*»⁴⁶

«¿Y no está dicho con toda claridad a propósito de la continencia misma: *Y como supiese que nadie puede ser continente si Dios no se lo otorga, el mismo conocer de quién era don era ya sabiduría?* Pero tal vez la continencia sea un don de Dios y, sin embargo, el hombre se otorgue a sí mismo la sabiduría, gracias a la cual conoce que la continencia es don de Dios, no propio. [...] Ahora bien, conviene que quienes han optado por la virginidad posean la sabiduría, no sea que se apaguen sus lámparas.»⁴⁷

Ahora bien si San Agustín afirma con fuerza la virginidad de María es para comprender mejor el misterio de la Encarnación. Su doctrina sobre la virginidad es esencialmente cristológica y eclesiológica.

«Creemos en el Hijo de Dios, que ha nacido de la Virgen María por obra del Espíritu Santo; creemos que «es» por el don de Dios, esto es, por el Espíritu Santo, por quien se nos ha concedido tan gran humildad de tan gran Dios, que se ha dignado asumir un hombre completo en el seno de una Virgen, habitar en un cuerpo materno intacto y dejarlo intacto al nacer» (*De fide et symbolo* 4, 8).

Para él, el placer inherente al acto sexual es efecto de la transmisión del pecado original. Una concepción de Cristo con la colaboración del hombre, le habría llevado a afirmar que Cristo había nacido con el pecado. Era preciso pues que Cristo naciese de una virgen, al margen de toca concupiscencia carnal: «Nuestro Dios nos ha formado a todos de una progenie de pecado. Cristo, incluso en cuanto hombre, fue hecho de distinta manera: él nació de una virgen; lo concibió una mujer no mediante la concupiscencia, sino mediante la fe; él no arrastró la herencia del pecado de Adán. Todos nosotros hemos nacido teniendo como trámite el pecado; él, que limpió todo pecado, nació sin pecado»⁴⁸.

46 Virg. 41, 42, PL 40, 421.

47 Virg. 42, 43, PL 40, 421.

48 S. 246, 5, PL 38, 1156.

Y San Agustín pone en estrecha relación la concepción virginal de Jesús y el misterio de la redención. Cristo no asumió la herida, sino aquello que la podía curar: una naturaleza humana pura, sin pecado, por el hecho de haber sido concebido en el seno de una virgen, la Virgen María. «Cristo carece de todo pecado; ni heredó el original ni cometió ninguno personal. Vino por cauces distintos al placer de la concupiscencia carnal, pues no existió en su concepción el abrazo marital. Del cuerpo de la virgen no tomó la herida, sino la medicina; no tomó algo que debiera sanar, sino algo con que sanar. Me estoy refiriendo al pecado. Sólo él, pues, existió sin pecado.»⁴⁹

San Agustín está totalmente convencido de que la virginidad de María fue permanente a lo largo de toda su vida, que fue virgen antes del parto, en el parto y después del parto

«También el Apóstol dice acerca del Señor Jesucristo: *Nacido de mujer*. Pero esto en ningún modo modifica el orden y el contenido de nuestra fe, según la cual confesamos que nació del Espíritu Santo y de la Virgen María. Ella concibió siendo virgen, siendo virgen dio a luz y permaneció siendo virgen.»⁵⁰ «Fue virgen al concebir, virgen al parir, virgen grávida, virgen encinta, virgen siempre.»⁵¹

Es cierto que la virginidad es la pureza del cuerpo, pero sobre la pureza del cuerpo está la puereza del alma, la pureza del corazón, más aún, sobre la pureza del corazón está la pureza de la fe, es decir la adhesión plena a la voluntad de Dios. La virginidad de la fe es la sumisión íntegra tanto del pensamiento como de la voluntad e incluso de la afectividad a Dios. Es el cumplimiento pleno del mandamiento del Señor: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón. Con toda tu alma, con todo tu espíritu» (Dt 6, 5). «La virginidad de la carne consiste en la pureza del cuerpo; la virginidad del corazón, en la in-

49 S. 294, 11, PL 38, 1341.

50 S. 51,18, RB 91 (1981) 34.

51 S. 186, 1, PL 38, 999.

corruptibilidad de la fe.»⁵² «Qué es la virginidad del alma? Es una fe íntegra, una esperanza firme y unja caridad sincera.»⁵³

María, virgen y madre

La virginidad, para San Agustín, va siempre unida, como en María, a la maternidad⁵⁴. La virginidad es fruto de la fidelidad total a Dios. El amor a Dios lleva inexorablemente al amor de los hombres. No hay dos mandamientos: amar a Dios y amar al prójimo, sino un solo y único mandamiento. La virginidad es la fidelidad total a Cristo y quien es fiel a Cristo llega a ser, según el Evangelio, madre de Cristo (Mt 12, 46-50).

«No tienen, pues, motivo para contristarse las vírgenes de Dios porque, al profesar la virginidad, no pueden ser madres en sentido físico. En efecto, solo la virginidad podía dar a luz decorosamente a aquel a quien nadie se le podía asemejar en el modo de nacimiento. Con todo, el parto de aquella única santa virgen es la honra de todas las santas vírgenes. También ellas son con María madres de Cristo si cumplen la voluntad de su Padre. A esto se debe la mayor loa y dicha que aporta a María el ser madre de Cristo, conforme a su declaración antes mencionada: *Todo el que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos ese es mi hermano y hermana y madre.*»⁵⁵

La Virgen María realizó en su vida con toda perfección la voluntad de Dios y, por lo mismo, llegó a ser la madre de Jesús. «Así pues, María fue más dichosa por aceptar la fe en Cristo que por concebir la humanidad de Cristo. [...] De ningún provecho le hubiese sido a María su condición de Madre si no se hubiese sentido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que por llevarlo en su cuerpo»⁵⁶.

52 En. Ps 147, 10, PL 37, 1920.

53 Io ev. tr.13,12, PL 35, 1499.

54 GARCÍA ÁLVAREZ, J., «María, madre y modelo de la Iglesia», en *San Agustín, Aproximaciones a su pensamiento y espiritualidad*, Ed. Agustiniana, Guadarrama 2017, 159-162.

55 Virg. 5,5 PL 40 399.

56 Virg. 3,3,PL 40, 398.

En este misterio de la maternidad divina, María no permanece por consiguiente pasiva. Es una persona libre y permanece siempre libre. Da un consentimiento totalmente libre a la llamada que Dios le hace. Agustín insiste precisamente en la fe de María en el momento de la concepción de Cristo.

«¿Acaso no hizo la voluntad del Padre la Virgen María, que por la fe creyó, por la fe concibió, elegida para que nos naciera la Salvación en medio de los hombres, creada por Cristo antes de que Cristo fuese en ella creado? La cumplió; santa María cumplió ciertamente la voluntad del Padre; y por ello significa más para María haber sido discípula de Cristo que haber sido madre de Cristo. Más dicha le aporta haber sido discípula de Cristo que haber sido su madre. Por eso era María bienaventurada, puesto que, antes de darlo a luz, llevó en su seno al maestro. [...] Por ese motivo, pues, era bienaventurada también María: porque escuchó la palabra de Dios y la guardó: guardó la verdad en su mente mejor que la carne en su seno. La Verdad es Cristo, carne es Cristo; Cristo Verdad estaba en la mente de María, Cristo carne estaba en el seno de María: de más categoría es lo que está en la mente que lo que se lleva en el seno.»⁵⁷

Cristo nació por la fe en María: «Un ángel hace el anuncio, una virgen lo escucha, cree y concibe. En el alma se hace presente la fe, y en el vientre, Cristo. Ha concebido una virgen; asombraos: una virgen ha dado a luz; asombraos más aún: después del parto permaneció siendo virgen. ¿Quién, pues, narrará este nacimiento?»⁵⁸

María, madre y modelo de la Iglesia

María es, para San Agustín madre y modelo de la Iglesia⁵⁹. En primer lugar admira a María y la sitúa entre los personajes de la Biblia

57 S. 72A, 7, MA 1, 162.

58 S. 196, 1, PL 38, 1019.

59 GARCÍA ÁLVAREZ, J., «María, madre y modelo de la Iglesia», en *San Agustín. Aproximaciones a su pensamiento teológico y espiritual*, Ed. Agustiniana, Guadarrama, a 2017, 163172; SAINT MARTÍN, J., *L'Eglise vierge, comme Marie*, en *Oeuvres de saint Augustin*, BA 3, 551-452.

que considera como tipos de la Iglesia (*Typus Ecclesiae*): David⁶⁰, la mujer encorvada del Evangelio⁶¹, la mujer que desparroma el perfume sobre los pies del Señor⁶², la samaritana⁶³, la hemorroísa⁶⁴.

María sobrepasa todas estas figuras de la Iglesia. Ella es madre y modelo de la Iglesia. No se puede separar a María de la Iglesia. Ella nos permite comprender su realidad más profunda. María es luz para la Iglesia. Nos dice lo que es y lo que ha de ser la Iglesia. María se encuentra en su base y como su fundamento. Ciertamente es Cristo quien ha hecho a la Iglesia semejante a la Virgen María: virgen y madre⁶⁵.

La ha hecho madre para nosotros y virgen para él: «La Iglesia es, en su totalidad, virgen desposada con un único varón, Cristo, ide cuánto honor son dignos aquellos miembros suyos que guardan hasta en la carne lo que guarda en la fe toda ella, imitando a la madre de su esposo y señor! En efecto, también la Iglesia es virgen y madre. [...] María dio a luz corporalmente a la cabeza de este cuerpo, la Iglesia da a luz espiritualmente a los miembros de esa cabeza. En ninguna de las dos la virginidad impide la fecundidad; ni en una ni en otra la fecundidad aja la virginidad.»⁶⁶

María es igualmente madre de los miembros de la Iglesia: «Es madre de los miembros de Cristo, nosotros mismos, porque con su caridad cooperó a que naciesen en la Iglesia los fieles que son los miembros de aquella cabeza.»⁶⁷

60 En. Ps. 50, 22, PL 36, 598.

61 Trin. 4, 4, 7, PL 42, 893.

62 En. Ps. 21, II, 2, PL 36, 171.

63 Io. ev. tr. 15, 10, PL 35, 1516.

64 Io. ev. tr. 31,11,PL 35,1641.

65 BORGOMEO, P., *L'Eglise de ce temps dans la prédication de saint Augustin*, Paris 1972, 173-174.

66 Vir 2, 2, PL 40, 397.

67 Virg. 6, 6, PL 40, 399.

La Iglesia, como María, ha de ser virgen y madre⁶⁸

Para san Agustín la Iglesia es ciertamente la presencia de Cristo en medio de nosotros. En ella y por ella Cristo continúa manifestándose y obrando en este mundo. Para San Agustín la Iglesia es la prolongación del misterio de la Encarnación. Encontrar a la Iglesia es pues encontrar a Cristo. No se puede separar en forma alguna Cristo y la Iglesia. No son más que dos aspectos de una misma e idéntica realidad. «Por cuento he podido vislumbrar en las páginas sagradas, hermanos, a nuestro Señor Jesucristo se le considera y nombra de tres modos cuando es anunciado tanto en la ley y los profetas como en las cartas apostólicas o en los hechos mercedores de fe que conocemos por el Evangelio. El primero de ellos, anterior a la asunción de la carne, es en cuanto Dios y en referencia a la divinidad, igual y coeterna a la del Padre. El segundo se refiere al momento en que ha asumido ya la carne, en cuanto se lee y se entiende que el mismo que es Dios es hombre y el mismo que es hombre es Dios, según una cierta propiedad de su excelsitud, por la que no se equipara a los restantes hombres, sino que es mediador y cabeza de la Iglesia. El tercer modo es lo que en cierta manera denominamos Cristo total, en la plenitud de su Iglesia, es decir, cabeza y cuerpo, según la plenitud de cierto varón perfecto, de quien somos miembros cada uno en particular.»⁶⁹

San Agustín habla con frecuencia de la virginidad de la Iglesia y lo hace a la luz de la virginidad de María. Las expresiones que emplea para hablar de la Iglesia son las mismas que emplea al hablar de María.

La Iglesia es, como María, virgen por la fe. «Hizo virgen a la Iglesia. Es virgen en la fe; tiene pocas vírgenes según la carne, las santimoniales; pero, según la fe, todos deben ser vírgenes, tanto las

⁶⁸ AGTERBERG, M., «Saint Augustin, exégète de l'Ecclessia-virgo», en *Augustiniana* 8 (1958) 237-266; Íd., «L'Ecclessia-virgo et la virginitas mentis des fidèles dans la pensée de saint Augustin», en *Augustiniana* 9 (1959) 221-276; Íd., «L'Ecclesia-Virgo et les sanctimoniales d'après saint Augustin», en *Augustiniana* 10 (1960) 5-35; GARCÍA, J., «Las dimensiones de la virginidad según San Agustín», en *Burgense* 37/1 (1996) 209-226; HEERINCKX, J., «Divi Augustini Tractatus De sancta virginitate», en *Antonianum* 6 (1931) 37-58.

⁶⁹ S. 341, 1, PL 39, 1493.

mujeres como los varones. Ha de existir la castidad, la pureza y la santidad referidas a la fe.»⁷⁰ «Qué es la virginidad del alma? Una fe íntegra, una esperanza firme y una caridad sincera.»⁷¹

La virginidad es una pertenencia total a Dios. Por ella, como María, el hombre entrega todo su ser a Dios, acepta su Palabra y de Él espera la salvación. La Iglesia, posee la virginidad que conserva la fe en su integridad. La fe es la orientación del espíritu humano hacia Dios, el único a quien nos podemos adherir castamente. Por esto la Iglesia es virgen.

Pero la Iglesia es el conjunto de todos los fieles y, por lo mismo, la virginidad de la fe ha de ser guardada por cada uno de sus miembros. «Nosotros somos la santa Iglesia; pero no dije “nosotros”, como si me refiriese sólo a los que estamos aquí, a quienes ahora me oís, sino a cuantos por la gracia de Dios somos fieles cristianos en esta Iglesia, es decir, en esta ciudad, cuantos hay en esta región, en esta provincia, cuantos hay al otro lado del mar y en todo el orbe de la tierra, pues el nombre del Señor es alabado desde la salida del sol hasta el ocaso. Esta es la Iglesia católica, nuestra verdadera madre y esposa de aquel esposo. [...] Vino El y la convirtió en virgen; hizo virgen a la Iglesia.»⁷²

La virginidad de la fe se corrompe por el error, por la enfermedad de la razón y del corazón, es decir, del hombre interior. La virginidad se pierde con el desorden del corazón, con el desorden del amor.

Y las vírgenes consagradas, a imagen de María, desempeñan, según San Agustín, una misión propia y específica en la Iglesia: recuerdan a todos los fieles la virginidad de la fe. Las vírgenes tienen que ser verdaderos testigos de la virginidad de María, es decir, de una fe íntegra, de una esperanza firme y de una caridad sincera. «Custodiad vuestros oídos y la virginidad de vuestra mente, como desposadas por el amigo del esposo a un solo varón para mostraros a Cristo como vírgenes castas. Vuestra virginidad, pues, está en la mente. La virginidad corporal

70 S. 213, 8, PLS 2, 541.

71 Io eu. tr. 13, 12, PL 35, 1499.

72 S. 213, 8, PLS 2, 540.

la poseen pocos en la Iglesia; la virginidad de la mente debe hallarse en todos los fieles.»⁷³

Dentro de la Iglesia la virginidad posee igualmente, para San Agustín, una dimensión esencialmente escatológica.

La virginidad es, ha de ser signo del Reino de los cielos para los hombres de este mundo. La virginidad es una especie de “memoria de Dios”. Por esto San Agustín no cesa de decir: «La integridad virginal y el abstenerse de todo contacto carnal por la religiosa continencia tiene algo de participación angélica; es la ascensión a la incorruptibilidad perpetua en la carne corruptible.»⁷⁴

La virginidad consagrada es, en cierto modo, una participación de la vida de los ángeles, más aún, una imitación de la vida celeste. Es, por consiguiente, a la luz de la vida del cielo cómo es preciso contemplarla. «Sea cualquiera vuestro sexo, acordaos los hombres y las mujeres de hacer sobre la tierra vida de ángeles. Los ángeles no se casan ni toman mujer, y tales seremos nosotros después de resucitados. ¡Cuántos mejores vosotros empezando a ser antes de la muerte lo que serán los hombres después de la resurrección!»⁷⁵

La virginidad tiene una misión sumamente clara para la Iglesia: revelar, mostrar la vida del cielo a los hombres y recordarles que nuestra morada definitiva no se encuentra en este mundo; que aquí, en la tierra, no somos mas que peregrinos: «La virginidad manifiesta la vida de los ángeles a los hombres, las costumbres del cielo a los hombres de la tierra»⁷⁶. La vida de los ángeles es un permanente y continuo cántico de alabanza a Dios. Y la virginidad, por lo mismo, ha de ser vivida como un cántico permanente de alabanza al Señor. «¡Alabad al Señor más dulcemente, porque le pensáis más dulcemente; esperadle con más gozo, porque le servís con más empeño; amadle con más ardor, porque le agradáis más intensamente. Ceñidos los lomos y las candelas encendidas, esperad al Señor para cuando venga a las bodas.

73 En. Ps. 147, 10, PL 37, 1920.

74 Virg. 12, 12, PL 40, 401.

75 S. 132, 3, PL 38, 736.

76 Virg. 53, 54, PL 40, 427.

Llevaréis a las bodas del Cordero un cántico nuevo que tañeréis con vuestras cítaras. No como el que canta toda la tierra, y del que se dice: *Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, mundo universo*, sino un cántico como nadie podrá salmodiarlo, sino vosotros.»⁷⁷

La virginidad es pues, una continua y permanente alabanza de Dios. Y ella lo será si, en primer lugar, es efecto del amor; es el amor quien hace cantar y es, precisamente, el amor quien da sentido a la virginidad. «No tiene su honor la virginidad por ser integridad, sino por estar consagrada a Dios»⁷⁸. Puesto que amamos nos ofrecemos totalmente e íntegramente a Dios como Cristo se ofreció al Padre en la cruz hasta quedar absolutamente sin nada, hasta morir.

La virginidad es seguir a Cristo, conformar la vida con la vida de Cristo. «Mas he aquí que el Cordero avanza por el camino virginal; ¿cómo le podrán seguir los que perdieron la virginidad y ya no podrán recuperarla? ¡Id, pues, vosotras, tras El, vírgenes tuyas! Id vosotras tras El, que por la virginidad podéis seguirle dondequiera que vaya... Seguidle pues vosotras custodiando con perseverancia lo que con ardor prometisteis. Obrad mientras podéis para que vuestro don no se pierda, pues una vez ajado, no podréis hacer que retorne.»⁷⁹

La virginidad es pues, para san Agustín, como un cántico nuevo que resuena en medio de la asamblea de los fieles según el salmo 149: «*Cantad al Señor un cántico nuevo, alabadle en la asamblea de los fieles*». Más aún, San Agustín ve a las vírgenes en medio de este mundo a la luz de los tres jóvenes que el rey Nabucodonosor arrojó en la hoguera. Estos tres jóvenes, con la ayuda de Dios, caminaban en medio de las llamas alabando a Dios y bendiciendo su nombre (Dn 3,19, 24). La hoguera, dirá Agustín, es este mundo; las vírgenes, en medio del fuego de este mundo, proclaman con sus vidas y ante todo el mundo: «*Que todos sepan que tu eres el único Dios y Señor, glorificándote en toda la tierra*» (Dn 3,45). «Por tanto, alabad también vosotras a aquel que os ha concedido que entre los ardores de este siglo, aunque no os hayáis desposado, no os abraséis. Y orando también por mí, *bendecid al Señor los santos y humildes*

77 Virg. 53, 54, PL 40, 427.

78 Virg. 8, 8, PL 40, 400.

79 Virg. 29, 29, PL 40, 412.

*de corazón, cantadle un himno y ensalzadle por los siglos.»*⁸⁰ La virginidad es pues un cántico de alabanza a la gloria de Dios semejante al de los ángeles del cielo. Ha de ser pues vivida en un ambiente de adoración y en la alegría de la contemplación de Dios. El verdadero cántico de alabanza es, para Agustín, una vida íntegramente consagrada a Dios.

María, modelo de las vírgenes

La Virgen María es, para San Agustín, modelo de la verdadera virginidad y de la misión que las vírgenes consagradas han de realizar en la Iglesia.⁸¹

Las vírgenes llegarán a ser madres de Cristo si en verdad cumplen la voluntad de Dios, si viven su virginidad como María la vivió, con una fe íntegra, con una esperanza firme y con una caridad sincera. «No tienen pues ningún motivo para contristarse las vírgenes de Dios porque al guardar la virginidad no pueden ser madres según la carne. Solamente la virginidad ha podido dar a luz dignamente a quien no tuvo igual en su nacimiento. Pero este alumbramiento de una santa Virgen es el honor de todas las santas vírgenes. También ellas son, con María, madres de Cristo si es que hacen la voluntad de su Padre. Por esto es por lo que María es más laudable y más dichosa madre de Cristo, según la citada sentencia: *Quien hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre* (Mt. 12,50) Este parentesco es el que ostenta espiritualmente Cristo en el pueblo que redimió.»⁸²

María es pues el modelo de la virginidad y con su vida nos muestra la naturaleza de la virginidad consagrada y su misión en la Iglesia. La virginidad es “memoria del Reino de los cielos”; su misión es hacer presente en medio de este mundo la Iglesia del cielo. Las vírgenes han de ser, por lo mismo, la Virgen María de la Iglesia de hoy. María, según San Agustín, nos manifiesta el sentido más profundo de la Iglesia y el misterio de la virginidad consagrada.

80 Virg. 29, 219, PL 40, 412.

81 GARCÍA ÁLVAREZ,J., «Las dimensiones de la virginidad según San Agustín», en *Burgense* 37/1 (1996) 222-226.

82 Virg. 5, 5, PL 40, 399.

«Exultad de gozo, vírgenes de Cristo; la madre de Cristo es compañera vuestra. No pudistéis dar a luz a Cristo, pero por Cristo renunciasteis a dar a luz. Quien no ha nacido de vosotras, ha nacido para vosotras. Sin embargo, si os acordáis, como debéis, de su palabra, también vosotras sois sus madres si hacéis la voluntad del Padre. El fue quien dijo: *Quien hiciere la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre* (Mt 12,50)... En la persona de María, la virginidad piadosa dió a luz a Cristo; en la persona de Ana, la viudedad entrada en años conoció a Cristo en su pequeñez; en la persona de Isabel, la castidad conyugal y la fecundidad de una anciana se puso a su servicio. Todos los miembros fieles, según sus grados, ofrecieron a su cabeza los que, por gracia de él, pudieron ofrecerle. Por tanto, dado que Cristo es la verdad, la paz y la justicia, concebidle mediante la fe, dadle a luz mediante las obras de forma que lo que hizo el seno de María respecto a la carne de Cristo lo haga vuestro corazón respecto a la ley de Cristo. Pues, ¿cómo vais a estar excluidas del parto de la virgen, si sois miembros de Cristo?. María dió a luz a vuestra cabeza, y la Iglesia a vosotras. También ésta es madre y virgen: madre por las entrañas de caridad, virgen por la integridad de la fe y la piedad. Engendra a los pueblos, pero todos son miembros de uno solo, del que ella es cuerpo y esposa, siendo también en esto semejante a aquella virgen que también es madre de la unidad entre muchos.»⁸³.

San Agustín hace una clara distinción entre la Iglesia del cielo y la Iglesia de este mundo. No son dos Iglesias radicalmente diferentes sino una misma e idéntica Iglesia. La Iglesia de este mundo es una Iglesia peregrina, en camino hacia la Iglesia del cielo. Como el Pueblo de Israel la Iglesia camina en este mundo como en un desierto y en medio de la obscuridad. Tiene necesidad de luz y de puntos de referencia para orientar su caminar. Y es aquí en donde radica la misión propia y específica de la virginidad de María para San Agustín. La virginidad de María es *signo* que orienta a los fieles hacia la Patria, *memoria* que les recuerda sin cesar la Iglesia del cielo. La misión de las vírgenes consagradas es, por lo mismo, una misión, como la de María, esencialmente eclesial.

JAIME GARCÍA ÁLVAREZ, OSA

83 S. 192, 2, PL 38, 1012.

